

# EL VIAJE DEL LOCO TAFUR ENTRE LA CIVILIZACIÓN Y LA BARBARIE

Daniar Chávez

*Preveo la extensión de un continuo desorden, con su  
acompañamiento de inhumanidad  
y su tendencia hacia una bestialidad creciente. Preveo la  
barbarie.*

*Satanás, Mario Mendoza*

*En cada uno de esos casos lo que se busca es curar el alma a  
través de una vida errante: perderse para encontrarse.  
El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos, Michel Maffesoli*

## La literatura de viaje

Como toda disciplina, la literatura de viaje, delimitada por su contexto histórico y social, nos enfrenta ante textos de muy difícil clasificación dada sus variaciones estructurales. En esta dirección autores como Luis Alburquerque han señalado cómo el relato de viaje, es decir, el viaje real y su posterior escritura, tiene siempre una dimensión testimonial que inspira al escritor a dejar constancia de su recorrido por el mundo. Deseo que nace no sólo de las necesidades o experiencias que se viven a nivel personal sino, también, por influjo de las circunstancias culturales y sociales a las que se enfrenta el viajero. Ejemplos hay muchos. En la literatura medieval encontramos los viajes de Marco Polo, en el siglo xiii; los de Ibn Batuta, en el siglo xiv; o los de Zheng He, en el siglo xv. En el Renacimiento, las denominadas Crónicas de Indias, escritas por hombres como fray Bartolomé de las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Cristóbal Colón, Hernán Cortés o Albar Núñez Cabeza de Vaca, marcarían la necesidad del hombre de dejar constancia de su recorrido por la geografía americana.<sup>1</sup>

Durante las siguientes dos centurias el relato de viaje seguiría siendo una prueba de la necesidad del hombre por dejar testimonio de su larga marcha por el mundo, como lo muestran las memorias de los viajes por España de François de Bassompierre, en el siglo xvii, o las de Antonio de Ulloa por tierras americanas en el xviii; pero no sería sino hasta el siglo xix y principios del xx cuando

<sup>1</sup> Cf. Luis Alburquerque "Los 'libros de viajes' como género literario", en Manuel Lucena Gilardo y Juan Pimentel (edits.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Consejo Nacional de Investigación Científica, Instituto de la Lengua Española, Madrid, 2006.



la evolución del género circunscribiría a sus temáticas narrativas todas las coordenadas del orbe, como lo muestran los relatos escritos por autores como Vladimir Arseniev, Marcel Schwob, Alfred Russel Wallace o Richard F. Burton, entre muchos otros.

La denominada novela de viaje, es decir, el viaje en su versión ficcional, es entonces un éxodo que se emprende a través de la imaginación, como puede quedar constancia en los viajes que llevaron a la escritura de novelas como *Arthur Gordon Pym* (1838), de Edgar Allan Poe; *Moby Dick* (1851), de Herman Melville; *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), de Julio Verne; *Cuentos de los Mares del Sur* (1893), de Robert Louis Stevenson; *A través del Atlántico en globo* (1896), de Emilio Salgar; o *El lobo de mar* (1903), de Jack London,<sup>2</sup> cuya escritura se dio también en esa época donde el imaginario occidental iba en ascenso gracias a los grandes descubrimientos que exploradores como James Weddell, Charles Wilkes, Erich von Drygalsky, Otto Nordensköld, Robert Falcon Scott o Roald Amundsen llevaron a cabo inspirados por los adelantos tecnológicos y la idea del progreso que experimentó el mundo occidental durante el siglo xix y que, además, impulsó la segunda expansión colonial

<sup>2</sup> Naturalmente la temática del viaje no fue un género exclusivo de la modernidad; desde la *Odissea*, de Homero, hasta la *Eneida*, de Virgilio, o las *Argonáuticas*, de Apolonio de Rodas, encontramos ya en germen los antecedentes de la literatura de viaje que durante la modernidad daría vida al género literario en cuestión. Cf. Alburquerque, *op. cit.*

européa sobre América, África y Asia. La conquista del continente negro, llevada a cabo por hombres como David Livingstone, Georg August Schweinfurth o Gustav Nachtigal, a la par de la carrera por la conquista de la Antártida, fue otro de los grandes incentivos que inspiró la escritura de novelas como *Cinco semanas en globo*, de 1863, de Julio Verne; o *El corazón de las tinieblas*, de 1899, de Joseph Conrad.

Más recientemente, autores como Alejo Carpentier, Álvaro Mutis, Mario Vargas Llosa, Paul Theroux o Alberto Vázquez-Figueroa, entre muchos otros, vieron la literatura de viaje como una oportunidad para reflexionar y replantear la historia de América Latina según había sido trazada por la centralidad europea y el imaginario occidental de la modernidad, con la que, además, se había construido erróneamente la identidad del *otro*. Sus esfuerzos sirvieron no sólo para reconsiderar los alcances y la dirección de los estudios etnográficos clásicos, que habían desembocado en la antropología moderna, sino también para impulsar la reconstrucción de la idea de alteridad cultural de todas aquellas naciones que habían sido despojadas de su identidad originaria.

Durante ese mismo periodo autores como Ryszard Kapuściński, Bruce Chatwin o Luis Pancorbo, siguieron construyendo a la par del viaje imaginario la crónica del viaje real, pues la necesidad del desplazamiento geográfico y su posterior escritura constituye todavía un tema relevante en el imaginario del hombre de la modernidad, no sólo por su deseo de conocer y describir el mundo circundante sino, ante todo, por la necesidad que tiene de explorar su propia identidad.

Toda esta larga tradición que une al relato y a la literatura de viaje ha sido ampliamente estudiada en las últimas dos décadas. Se conviene, entonces, como explica Alburquerque, que ambas categorías narrativas “privilegian al mismo nivel dos funciones del discurso: la representativa y la poética”<sup>3</sup> en torno a un viaje o una travesía. Pero mientras la primera posee un carácter fuertemente documental, producto de la experiencia, la segunda es conducida por las quimeras de la imaginación. ¿Pero qué sucede cuando el crítico se enfrenta al éxodo que se realiza hacia el interior de sí mismo? ¿Es posible vagabundear en la inmovilidad? ¿No es, acaso, el camino que el hombre realiza hacia el interior el más largo, el más complejo y, con regularidad, el más intrépido y punzante; el que, de hecho, nunca devuelve en las mismas condiciones al hombre que partió? Ante ese tipo de relato, precisamente,

<sup>3</sup> *Ibid.*, 70.

se enfrenta el lector cuando lee *El Viaje del loco Tafur* (2001), del escritor colombiano Mario Mendoza.

Y es precisamente esa dimensión estacionaria dentro del viaje espiritual del hombre contemporáneo la que me interesa destacar en este espacio. Pero entendámonos, cuando hablo de una *dimensión estacionaria* no niego la posible existencia de un viaje real dentro de la temática narrativa en cuestión; apelo, más bien, a un viaje donde sus referentes trascienden la necesidad de desplazarse sobre la geografía terrestre y el viaje se convierte en una metáfora o una alegoría del hombre de la modernidad, como bien han explicado autores como Javier del Prado Biezma o Michel Maffesoli.



El autor Mario Mendoza

La novela de Mario Mendoza, en este sentido, guarda estrecha relación con la idea del nómada del siglo XXI; en *El viaje del loco Tafur*, el autor describe a través de imágenes violentas la capital colombiana, que bien podría representar a cualquier capital latinoamericana contemporánea. Hiperrealista, casi desquiciada, muestra, abrigado por la reminiscencia de la literatura arltiana de *Los siete locos* (1929) y *Los Lanzallamas* (1931), una realidad social que desnuda la multiplicidad del ser, la dicotomía entre el bien y el mal, la injusticia social, la violencia y el crimen. Tal cual como sucede en *Satanás* (2002), Mario Mendoza arroja a sus personajes a deambular no sólo por las multitudinarias calles de Bogotá sino, ante todo, por los laberintos y los piélagos del ser. El recuerdo de Augusto Remo Erodasain, el sufriente personaje de Roberto Arlt, asoma entre bambalinas y anticipa no sólo al Juan Pablo Castel de Ernesto Sábado, sino ante todo al Loco Tafur que en la pluma de Mendoza se convertirá en uno de los iconos de la literatura urbana latinoamericana del siglo XXI.

Mendoza nos introduce así en la conciencia de Tafur mientras aspira a arreglar cuentas consigo mismo y su pasado: “Ya despojado de la imagen de Narciso, del intelectual enamorado de su propia imagen, me dispongo a un ajuste de cuentas conmigo mismo, a un cara a cara que me permita ahondar en los motivos que me fueron convirtiendo poco a poco en un animal salvaje y solitario que terminó asesinando sin ningún asomo de misericordia” (pp. 11-12). Tafur inicia su viaje interior desde la cárcel.

## El hombre enmascarado

Si bien la temática de la obra parece de fácil acceso para su interpretación y, desde luego, de accesible lectura, en tanto que nos muestra a un hombre que desde su celda cabildea sobre los motivos que lo llevaron a matar al hijo propio y a la madre que lo llevaba en las entrañas y, de ahí, a la reconstrucción de una historia que de joven lo encaminó por la senda de una realidad doliente, casi esquizofrénica, Mario Mendoza no se limita sólo a denunciar la realidad latinoamericana, con sus horrores o sus crímenes. El autor intenta ir más allá del presente de nuestro continente y convierte su literatura en un laboratorio de apreciaciones y meditaciones sobre la historia de América Latina según fue contada por Occidente, al tiempo que observa y analiza cómo la relación de esa historia inventada por un hombre al que le era ajeno el imaginario americano dio forma a un carácter y a un espíritu, por supuesto, ambos artificiales y manipulados por el imaginario occidental, del hombre de esta tierra.

Mario Mendoza apela así a lo que Sofía Reding llama una mezcla que causó fascinación y repulsión en el viajero occidental desde el primer encuentro con el hombre americano y que daría origen a la “formación de dos estereotipos: el caníbal y el buen salvaje. Desde las interpretaciones optimistas o pesimistas, los postulados que marcan al indio ya sea como un ente diabólico, o como un hombre elogiado, admirable y virtuoso”<sup>4</sup> (al que, por supuesto, dado su estado de salvajismo, había que cobijar al resguardo de las instituciones europeas), darían forma y sustento a la tradición occidental de la civilización y la barbarie, en detrimento, por supuesto, de las tradiciones que consideraron “periféricas” y el estado de naturaleza.

Y es aquí, justamente, donde se encuentra una de las críticas más certeras que Mario Mendoza realiza a través de su novela: la falsa idea del *otro cultural*, la idea del hombre americano que quedó excluido no sólo de su historia, sino también de la historia universal, al tiempo que fue despojado de su *humanidad* y concebido como un semihombre que debía ser dotado de sentido, porque era “distinto y ajeno”.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Cf. Sofía Reding. *El buen salvaje y el caníbal*. Segunda edición, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (UNAM), 2009, p. 26.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

## El Loco Tafur se convertirá en uno de los iconos de la literatura urbana latinoamericana del siglo XXI

Toman relevancia, en esta dirección, los señalamientos que el propio personaje hace sobre su ser: “animal salvaje”, “bestia inmundada”, “sujeto alienado”, son palabras que utiliza para describirse a sí mismo, descripciones que se inscriben en las coordenadas forjadas por el imaginario occidental sobre el hombre americano. Porque para el hombre europeo el semihombre americano “es nada más posibilidad”.<sup>6</sup> Y el problema central radica que en la búsqueda de sí mismo, el hombre americano sigue encontrando y solidificando el ideal que Occidente forjó sobre su ser hace más de cinco siglos. Un ser que nunca fue entendido y que, por supuesto, nunca quiso ser entendido, pero sí explicado y descrito por el viajero europeo, y en ese sentido Sofía Reding acierta al afirmar que “Occidente es creador de hombres, recreados en una naturaleza también inventada. Los seres que inventa son sus creaturas y sus rostros están enmascarados”.<sup>7</sup>

Pero entendamos de nueva cuenta, no se intenta aquí justificar la violencia en la que nos encontramos sumergidos. Se trata, entonces, de explicar ese carácter que parece “poseído por fuerzas extrañas que desvanecen la identidad” (p. 37), porque una “cosa es el dolor físico, el de la materia [y el de la historia], y otra muy distinta es el horror de verse en el espejo y reconocer allá, al otro lado del cristal, la sonrisa perversa de nuestro peor enemigo” (p. 37), es decir, de nosotros mismos.

No resulta gratuita, en este sentido, la descripción que Tafur hace en su juventud sobre *Wakefield*, de Hawthorne, y sus reflexiones sobre los horrores que produce la conciencia una vez que se encuentra consigo misma, o, mejor aún, las alusiones a *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, de Robert Louis Stevenson, sobre la duplicidad del ser y el hombre que se convierte en un duplicado, en “un derivado, una consecuencia o un hombre que guarda comunicación con el ser original” (p. 55), pero que nace marginado, perverso, bárbaro, relegado de su creador: el hombre civilizado occidental.

“Él [dice sobre Stevenson el personaje], que viene de escribir novelas de viajes, descubre la nueva ruta de un aventurero que acaba de nacer: el periplo por la periferia de la urbe moderna, la excursión a la zona prohibida, la travesía hacia los círculos infernales de la ciudad industrial” (pp. 55-56), que se proyecta bajo una dialéctica que Michel Maffesoli

<sup>6</sup> *Ibid.*, 221.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

define como una “agresión racionalista [del] saber”<sup>8</sup> occidental y su forma de construir las identidades que le eran ajenas y que, por lo mismo, le resultaron inferiores en tanto que no habían podido doblegar a la naturaleza y no privilegiaban “la dimensión racional así como su corolario: el desarrollo científico y tecnológico”.<sup>9</sup> Dialéctica que además creó la duplicidad entre el ser civilizado y el salvaje, entre el hombre sedentarizado y el nómada que, como bien explica Maffesoli, se ha convertido en un referente en este siglo XXI, porque la sedentarización (o los encierros domiciliarios) tan necesaria durante la modernidad, como ya mostró Michel Foucault, fue imprescindible para controlar al hombre y dirigir toda su actividad hacia la producción.<sup>10</sup>

Es por ello que el nómada del siglo XXI cobra relevancia y se transforma en el referente universal de la libertad y la búsqueda de la identidad: hay que “perderse para encontrarse”,<sup>11</sup> afirma Maffesoli, pero para perderse primero hay que aventurarse en las zonas desconocidas del ser, en el interior de nosotros mismos; el viaje imaginario, como aventura espiritual del hombre, se convierte así en una de las máximas expresiones del siglo XXI, porque somos “como mínimo, dos seres que conviven en el mismo cuerpo, dos gemelos opuestos que son confundidos con una sola persona” (p. 102), es decir, dos gemelos, en tanto hombres que fueron ajustados a un único imaginario, el de la cultura hegemónica.

Pero el problema real radica en que en la negación de la humanidad del indio americano, como explica Sofia Reding, el hombre occidental también “afirmó su propia inhumanidad”<sup>12</sup> y convirtió la grandiosa tarea de construir la diversidad que se le abrió en tanto viajero, en una labor que no sólo forjó el colonialismo, sino también el etnocidio que convirtió a los seres humanos en cosas:

Sin embargo la alienación es recíproca, puesto que aquel que por su egoísmo trata al Otro como a un instrumento, se encierra poco a poco en un desierto, perdiendo toda posibilidad de diálogo [...]. Sin duda la violencia termina por alienar al hombre que se injuria, porque la alienación es el producto lógico de la violencia y es, en última instancia, necesaria para alienar al Otro. Todo indica que el hombre occidental no puede hacerse hombre más que fabricando monstruos y esclavos (p. 237).

En esta dirección, la propuesta de Mario Mendoza sobre el loco Tafur cobra sentido y trasciende la primera impresión de ser una obra que habla sobre la violencia en

<sup>8</sup> Michel Maffesoli, *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, Breviarios 382, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 24-25.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> Reding, *op. cit.* 27.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 44.

<sup>14</sup> Reding, *op. cit.* 27.

## El problema central radica que en la búsqueda de sí mismo, el hombre americano sigue encontrando y solidificando el ideal que Occidente forjó sobre su ser hace más de cinco siglos

Latinoamérica y se transforma así en una profunda reflexión sobre la invención del otro y los problemas que esto conlleva. Mendoza diserta así sobre la homogenización de todos los hombres bajo un único modelo, el del hombre civilizado. No “estamos en tránsito hacia el manicomio” (p. 74), como afirma el loco Tafur, sino en la búsqueda (a través del viaje interior) de nuestra identidad sustraída hace casi cinco siglos por una cultura que, naturalmente, también nos era distinta y ajena.

La fobia creada por Occidente hacia lo lejano y extraño debe ser sustituida por la tolerancia al “cambio y lo movedizo”<sup>13</sup> que tanto horrorizó a Occidente durante su expansión y durante el trayecto de su viaje colonizador. Pero en las venas de ese “bárbaro” que fue marginalizado por la modernidad siguen latiendo todavía los deseos del movimiento que apuntan a la descolonización y al reencuentro de nuestra humanidad perdida junto con nuestra identidad. Occidente es un gran “dispensador de significados” –como afirma Sofia Reding–, donde el viajero<sup>14</sup> formó parte importante en la construcción y la invención del otro. Hoy como ayer, el viajero tiene también la responsabilidad de reescribir y reinterpretar esa misma historia a través de la alteridad y la diversidad, es decir, a través de un diálogo intercultural que se establezca de forma respetuosa y horizontal.

Es una realidad que la violencia en Latinoamérica es sólo responsabilidad de los latinoamericanos, y eso lo sabe muy bien Mario Mendoza (y lo describe en casi todas sus novelas con precisión), pero es importante comprender que para poder erradicar la violencia primero es importante descolonizar el conocimiento, la economía, la historia, la cultura, pero ante todo, el retrato que hemos construido sobre nosotros mismos a través del viaje etnográfico iniciado por Occidente hace casi cinco siglos. ■

---

**Daniar Chávez Jiménez** (Ciudad de México, 1975). Mexicano, licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM; maestría en Letras por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos; Diploma de Estudios Avanzados por el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca y doctorado en Letras Latinoamericanas por la UNAM. Ha publicado artículos en revistas de investigación y divulgación cultural de distintas universidades mexicanas e impartido clases de literatura en instituciones nacionales. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en la Facultad de Humanidades de la UAEM, en el Departamento de Filología de Malinalco Dr. Luis Mario Schneider, con fondos otorgados por el CONACYT.